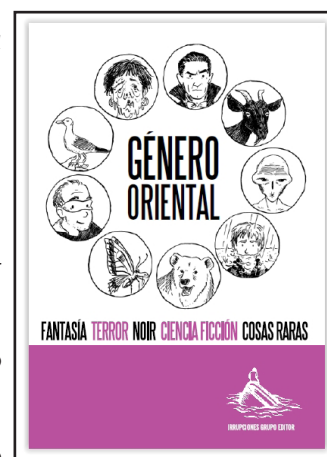


El legado de los “raros”: Género oriental en diálogo con una tradición nacional

Mariana Moreira

(Consejo de Educación Secundaria,
Grupo de Investigación sobre Literatura Fantástica Uruguaya)

*Género oriental. Fantasía. Terror. Noir. Ciencia
Ficción. Cosas raras.*
Irrupciones, Montevideo, 2017.



El primer encuentro con el libro implicó observar detenidamente su tapa, pues en ella se encuentran nueve imágenes, que me resultaron “extrañas” en una primera instancia, pero que lograron despertar mi curiosidad; el estilo caricaturesco, sencillo, en color negro sobre fondo blanco rodeando el título invitaba a intentar descubrir a qué aludían, lo cual sumado al sugerente título y a las etiquetas “fantasía”, “terror”, “noir”, “ciencia ficción” y “cosas raras” acabaron por convencerme de iniciar la lectura lo antes posible.

Ya en el interior nos encontramos con el conjunto de veintiún relatos, sumamente variados en cuanto a la temática, escritos todos por uruguayos pertenecientes a distintos puntos del territorio y de edades muy diversas, que están precedidos por una nota del editor.

En esa nota introductoria, que prepara al lector para lo que allí encontrará, se puede apreciar una postura crítica en cuanto a la forma en la que este tipo de textos, catalogados como “no-Realistas” y “cosas raras”, han sido desplazados por la tradición al considerarlos como literatura “de segunda” que apenas fue rescatada en forma parcial, según lo planteado por el editor, por la denominada Generación del 45 –o Generación crítica– a partir de la categoría de “raros” que propone Ángel Rama en su prólogo a *Aquí. Cien años de raros*; la cual es retomada aquí para referirse a los relatos del volumen: “En Uruguay tenemos un puñado de “raros”, que según Rama “no escriben fantasía, sino que interpelan a la naturaleza”. Aquí van, entonces, más raros. [...] Porque Rama, algo de razón tenía” (9-10). De esta forma el editor, que no se identifica en

ningún momento, inscribe estos cuentos dentro de una tradición literaria nacional que viene siendo cultivada desde hace años, dándole un sentido específico a la elección del título de la obra, ya que se puede apreciar, luego de la lectura total, el diálogo existente entre algunos de los escritores aquí reunidos y aquellos que han logrado dejar huella en nuestra literatura con sus “rarezas”, como lo son por ejemplo Mario Levrero, Felisberto Hernández y Horacio Quiroga, entre otros.

Luego de tan breve pero rica introducción es que nos encontramos con el primer relato: “La novia de Lugosi” de Andrea Arismendi, donde se puede percibir la influencia que tienen la muerte y la figura del famoso actor de películas de terror Béla Lugosi en la construcción de la personalidad de la joven protagonista. Lo más impactante en esta historia son las imágenes viscerales que aparecen en repetidas descripciones y que presentan una estética que se asemejan al estilo del cine gore, lo cual lo hace sumamente interesante. A este le sigue “Trampa de osos” de Nina Blau, donde se esboza una idea sobre lo primigenio y lo instintivo del ser humano cuando es capaz de despojarse de su humanidad. En el que también se distinguen rasgos de una literatura feminista, ya que el regreso a lo primitivo en este caso implica el empoderamiento de esa narradora en primera persona, producto del encuentro entre ella y “la osa” como se aprecia en el siguiente fragmento: “Y entonces, frente a mi escepticismo, rugió de tal forma que no me quedó más opción que creerle, [...] su rugido fue tan propio de la selva, tan antiguo e instintivo que me hizo vibrar adentro una sucesión de imágenes que a veces soñaba, me dio unas ganas terribles de desnudarme y correr y gritar y escapar furiosa de mi humanidad castrante...”(24-25)

En tercer lugar, Horacio Cavallo nos entrega “La niña que convocaba a las gaviotas”, en donde el narrador personaje es quien relata desde su madurez lo que vivió de niño un verano en el balneario Marindia; lugar en el que se encontró con una niña muda y muy extraña con la capacidad de realizar milagros. Lo sobrenatural de la experiencia presentada en la historia es algo que se va construyendo de forma progresiva a través de una prosa muy pulida que logra mantener la atención del lector, que se ve atrapado por la nostalgia y la ternura con la que son presentados los acontecimientos.

El cuarto relato del conjunto es “Aguas negras” de Eduardo Cuadrado, en donde se actualiza la historia del hombre que es tentado por el diablo. En este caso el encuentro está ambientado en la actualidad uruguaya, específicamente en el espacio de los marginados, el descampado junto al asentamiento. La representación de la pobreza y todo lo que ella implica está muy bien lograda por ese narrador externo que nos propone una mirada bastante crítica sobre ella, que se evidencia en las descripciones minuciosas del espacio; pero también en el diálogo que mantienen los personajes. Otro punto interesante a tener en cuenta en este texto es la relación que hay entre él y el cuento “Rodríguez”

de Francisco Espínola ya que a pesar de las diferencias en la forma en la que ocurren los acontecimientos también se aprecian varios puntos de contacto entre ambos. "...y al mirar hacia el descampado alcanzó a divisar frente a la cañada una silueta oscura que permanecía erguida de espaldas mirando hacia la cañada" (43).

Carolina Cynovich es la siguiente autora que se hace presente aquí con una historia muy original llamada "Cactus o la historia de un coro", en ella los acontecimientos se van desarrollando de forma muy organizada sin precipitar o forzar el suceso "extraño" que apenas dura un fin de semana en la vida de un hombre común. En donde la aparición de un cactus de la noche a la mañana frente a la casa de Héctor y la forma en la que esto lo afecta es el motor de toda la narración. Luego de ella nos encontramos con el cuento "El regreso del capitán rayo" escrito por Pablo Dobrinin, en donde un inspector de policía debe resolver un crimen ocurrido en un Montevideo distópico; influido claramente por la estética noir pero que a medida que avanza la ficción comienza a adquirir un matiz más afín a las aventuras de súper héroes, pues precisamente la clave para resolver el asesinato está ligada a un héroe de la infancia del protagonista. Aquí la mirada de ese hombre adulto que observa la forma en la que el paso del tiempo ha actuado sobre quién marcara su infancia lleva al lector a conmoverse y a evocar a sus propias figuras significativas, lo que permite disfrutar aún más lo que ofrece el autor en tan atrapante relato que se desarrolla ante sus ojos de forma casi cinematográfica.

El séptimo texto, "Partes del cuerpo" de Juan Andrés Ferreira, es el más extraño de todos los que se encuentran en el libro. Su estilo fragmentado y lo caótico de su estructura sumado a la criatura fumadora compulsiva obsesionada con el stand up, que se roba la atención desde el momento que aparece, no permite clasificar a esta historia más que como una "cosa rara", como bien nos sugería la tapa del libro y la nota del editor. Le sigue a este "Abuela Nicasia" de Luis Edilio Gómez que en cambio, gracias a su sencillez en la narración, es capaz de perturbarnos con el giro inesperado que se produce con la tierna abuela en el momento que es descubierta por su nieta en el acto de "perfumarse el alma".

Posteriormente, tomando uno de los tópicos recurrentes de las películas de terror, Darío Iglesias nos trae "Más que un juego"; donde logra sorprender al lector con el abordaje que realiza, "muy a la uruguaya" en el lenguaje utilizado y en la ambientación, de los juegos espiritistas. En este caso unos adolescentes se reúnen a jugar al "juego de la copa", pero el espíritu que invocan intenta advertirles constantemente que no lo sigan haciendo. Afortunadamente lejos de caer en el cliché de la posesión demoníaca, la historia se resuelve de forma inesperada y original al descubrirse quién es el narrador.

Continúa el volumen con "Estilo pecho" de Matías Larramendi, en que se relata un "fantástico" viaje por el transporte público capitalino en el que la superposición de

eventos y situaciones posibles, que afectan a diario al usuario montevideano promedio, logran crear un relato atrapante y vívido que por su estructura y características logra evocar de cierta forma la narrativa de Felisberto Hernández. A este cuento le sigue “Los que no hemos vivido de verdad”, escrito por Pedro Peña, donde el narrador en primera persona, a través del recuerdo del castigo que reciben los indiferentes en el infierno de Dante y la certeza de que morirá pronto a causa de un cáncer en el páncreas, decide hacer algo memorable en su vida para eludir ese castigo.

Por otro lado en “Género” de L. F. Phipps (Leticia Feippe), nos encontramos frente a una historia terrorífica que se va desarrollando poco a poco en torno al joven Yael, de carácter excesivamente concreto y sencillo, que resulta más impactante para el lector gracias a la actitud inverosímil que toma el protagonista tras descubrir la espeluznante verdad que ocultaba su esposa. En cambio a continuación Melina Regalini en “Una noche más” apunta al impacto de la brevedad; su relato es bastante particular en tanto juega con lo trágico y lo irónico de la situación presentada, pues la narradora se va derritiendo, en forma literal cual si sufriera una especie de combustión espontánea, a la vista de varias personas que creen que lo que están presenciando no es más que una performance preparada.

Luego, con un interesante sentido del humor, aparece “El gran y más enorme cuento” de Lucía Reherman; donde se desarrolla el encuentro entre dos alienígenas y una joven uruguaya motivado por el hecho de que en Uruguay se encuentran los tres descubrimientos más grandes que una civilización inteligente pueda descubrir, que están relacionados directamente con la cultura popular uruguaya. El fuerte de esta historia radica en la sencillez hogareña en la que se produce el encuentro, pero también en los comentarios que se cuelan en la trama, referentes a las políticas de género y al feminismo. A este le sigue el relato de Mercedes Rosende, “Entre dos luces”, que nos introduce en la vida de una mujer que comienza a salir con un escenógrafo que es capaz de transformar su apartamento en los lugares más exóticos imaginables para los encuentros sexuales, con la particularidad de lograr que la experiencia vivencial de la escenografía se sienta “real”; hasta que en determinado momento deja de hacerlo y ello lleva al fin de la relación. Uno de los elementos que llama la atención aquí son los sueños de la narradora. Estos son sobre distintos animales al inicio y durante la relación, pero que cambian radicalmente cuando ella es capaz de ver cómo luce en realidad el apartamento de su pareja, que es lo que motiva la ruptura. Por la forma en la que se describen los distintos escenarios preparados por Pedro para los encuentros, se puede vincular su apartamento con el cuarto de juego de los niños de “La pradera” de Ray Bradbury, ya que la experiencia incluye en ambos casos lo visual, lo sonoro, lo olfativo, e incluso lo táctil.

El relato que encontramos a continuación es “Enkidu”, de Renzo Rossello, que se readapta a un contexto mucho más actual uno de los combates ocurridos en el poe-

ma épico de Gilgamesh. Pero en este caso Enkidu es un camión y su conductor, que es quien narra los acontecimientos y nunca dice su nombre, sería el héroe Gilgamesh; lo interesante en él es la forma en la que se readapta el mito. A este le sucede el cuento de terror “Cajón cerrado”, escrito por Rodolfo Santullo, que se desarrolla en un barrio de la ciudad de Melo, donde la soledad sumada a una serie de acontecimientos extraños llevan al personaje a aborrecer el apartamento que había comenzado a alquilar hacía muy poco tiempo. Las experiencias oníricas que se presentan en el relato durante la vigilia del joven Ricardo son muy interesantes y dejan lugar a la idea de que ese pequeño barrio, casi desierto durante el día, es una especie de “entre lugar” en donde se conecta el mundo “real” con otro de corte demoníaco. En cambio en el siguiente, “Alguien sabe” de Brunela Tedesco, vemos el proceso de decadencia de un hombre que tras matar a otro acaba por enloquecer. La paranoia del asesino, que inicia al descubrir una nota que dice “Alguien sabe”, está muy bien lograda gracias las reiteraciones que aparecen constantemente en el texto: ““Alguien sabe”, repetía él, intentando discernir los conocedores de los desconocedores. “Alguien sabe”, y asomaba la cabeza por encima de la muralla de plástico barato que lo separaba del resto del espacio...” (179).

Posteriormente aparece “El hormiguero” de Henry Trujillo, que ya había sido publicado anteriormente en 2001, en el libro *El fuego y otros cuentos*, que nos acerca a una tragedia ocurrida en un tranquilo pueblito uruguayo, en donde se puede observar el sentir de quienes viven alejados de la ciudad y no son contemplados por el resto del país. Esto claramente se puede apreciar en el siguiente, de entre tantos comentarios, que realiza el narrador: “Me quedé escuchando la radio y tomando mate, mientras la ventana se pintaba de gris. Inútil, no pasaban nada. Nadie se acordaba de nuestro pueblo ni aunque lo borrarán del mapa” (195). Pero más allá de eso también es interesante aquí la actitud que toman los distintos habitantes del lugar frente a la desaparición de uno de sus miembros más vulnerables, una niña, y la forma en la que el mismo narrador actúa al final del relato, bastante impactante por lo tristemente verosímil.

Ya hacia el final de libro, en penúltimo lugar se encuentra Bolívar Viana con “Problemas a la hora de ir a comprar bizcochos”, en donde un joven ante situaciones que lo incomodan activa un mecanismo de defensa que consiste en su desdoblamiento, provocado en este caso por la mirada indiscreta de una panadera. Finalmente cierra el volumen “Naturaleza muerta” de Guzmán Vila, un cuento que oscila entre el terror y lo fantástico, en donde la fascinación del protagonista por un cuadro lo lleva a su apropiación indebida de la cual se arrepentirá, ya que a pesar del final abierto la desgracia se da por entendida cuando recibe como obsequio una segunda pintura.

Luego de tan extenso recorrido por la obra se puede apreciar que *Género Oriental* nos presenta una colección de relatos que dialogan con una tradición literaria uru-

guaya, pero que imponen también su propia impronta. En donde el punto fuerte radica en lo heterogéneo del volumen en cuanto a sus autores, sus historias, y su propia representación del acervo cultural uruguayo que resulta fácilmente identificable por el lector oriental. Razones por las que se hace casi imperativo añadirlo a nuestra colección en la medida que nos otorga un claro panorama de la “rara” narrativa breve uruguaya de los últimos tiempos que no deberíamos dejar de leer.

Bibliografía citada

Rama, Ángel. Prólogo. *Aquí. Cien años de raros*. Arca, Montevideo, 1966, pp. 7-12.